

ALAIN-FOURNIER. EL ETERNO ADOLESCENTE

MANUELA SAN MIGUEL

E.U. de Biblioteconomía

Universidad de Salamanca

Ejerce ahora la escuela rural una innegable atracción, recuperándose del injusto olvido en que durante muchos años se hallaba sumida. Su renacimiento pone de manifiesto la vigencia y validez de una historia escrita otrora y en otro lugar por un joven que nació en 1886 y murió, cual héroe mítico de cuento o narración infantil, antes de llegar a la madurez, en plena acción de armas, durante la primera Guerra Mundial. Su nombre: Henri Fournier, más conocido como Alain-Fournier en el mundo literario.

No obstante su corta vida, este sempiterno adolescente había dejado ya, publicada tan solo un año antes de su muerte, la obra que le haría entrar de pleno derecho en el Parnaso de las letras: su novela *Le Grand Meaulnes*.

En 1893, Remy de Gourmont planteaba ya este principio: *La novela es un poema. Toda novela que no es un poema no existe* (Brunel, 1972, 588). En este sentido, *Le Grand Meaulnes* es un modelo, al mezclar íntimamente, hasta llegar a confundirlas, la poesía con la prosa. Así diría Jacques Rivière, insistiendo en la originalidad de Alain-Fournier, que, novelista, sabe también ser poeta, devolviendo a todas las cosas su *dosis latente de maravilloso*. (Rivière, 1986, 35).

Es *Le Grand Meaulnes* una novela construida sobre retazos de la vida del autor, aunque sobre este punto no parece existir acuerdo unánime entre los críticos. Sin embargo, es la propia correspondencia de Fournier la que da pie a considerarla como autobiográfica: *Seré yo, yo, yo...* señalaría el autor respecto de su novela (Borgal, 1965, 2). Y en una carta, del 20 Setiembre de 1910, dirigida a Jacques Rivière, compañero del Instituto, primero, y, después, cuñado, insiste el autor en la misma tesis (Rivière, 1986, 55):

il y a tout quand même, tout moi et non pas seulement une de mes idées, abstraite et quintessenciée.

Bien es cierto que otras veces es mayor su alejamiento respecto a la historia: *Todo lo que cuento sucede en alguna parte* escribiría Fournier el 9 de Setiembre

de 1911 (Rey-Herme, 1968, 257) y en otra carta, del 20 de Setiembre de 1910, dirigida a su hermana Isabelle, a quien precisamente se halla dedicado *Le Grand Meaulnes* (Rivière, 1986, 54):

Me he puesto a escribir sencillamente, directamente, como una de mis cartas... una historia bastante sencilla que podría ser la mía.

En ese deseo de explicar su ensoñación, de plasmar su sueño de juventud renovada, dirá en otra carta a Rivière, del 4 de Abril de 1910 (Castex, 1967, 18):

El protagonista de mi libro es un hombre que tuvo una infancia demasiado bella. Durante toda su adolescencia la arrastra tras de sí. A veces, parece que todo ese paraíso imaginario que fue el mundo de su infancia va a surgir... Sin embargo él sabe muy bien que ese paraíso no puede existir ya. Ha renunciado a su felicidad.

Toda esa sensación de desencanto, de desilusión y de ahogo, se la transmite Fournier a su mejor amigo, Jacques Rivière, quien tiene, al mismo tiempo, un temperamento, un carácter opuesto al suyo. Futuro director de la *Nouvelle Revue Française*, es Rivière un hombre de gustos concretos, con un deseo de entender sin tergiversar; por el contrario, Fournier, que siente el mismo apasionado gusto por la vida, posee una manifiesta tendencia a desviar el centro hacia la ensoñación y el recuerdo, junto a la necesidad de una pureza que residía más en la sencillez de corazón que en el rigor de pensamiento.

Su inclinación a la ensoñación, a la fantasía de juventud eterna, la fue forjando Fournier desde su infancia en una escuela rural, donde sus padres eran maestros, como también lo serían en la ficción los padres de François Seurel, el narrador de la novela, que se dejará influir, seducir, por el espíritu aventurero de su amigo mayor, Agustín Meaulnes.

Seurel, muy unido a la tierra y condicionado por la carencia de movilidad que le ocasionaba una enfermedad en la cadera, representa el lado realista de la personalidad de Fournier, ligado a sus raíces, al país, a sus padres, a los amigos, a su entorno, en definitiva; mientras que simboliza Meaulnes el espíritu imaginario, soñador, vinculado a sus anhelos, a sus lecturas simbolistas y románticas. Este último personaje, fruto de la sensibilidad del autor, constituye el hilo conductor del relato, por más que el narrador sea Seurel, al proporcionar, con su presencia o ausencia, vida y claridad o, por el contrario, sombra y monotonía a la existencia de los demás. Así, Meaulnes es capaz de suscitar los más dispares, aunque siempre intensos, sentimientos: admiración —de sus propios compañeros e incluso de su profesor, que ni siquiera se atreve a regañarle después de su prolongada desaparición—, amistad —sobre todo de François, dos años menor que él, que le dedicará toda su vida adolescente—, amor —el de Yvonne de Galais, recreada por Fournier sobre la imagen de un amor real y fugitivo—.

Sabemos de esa «Yvonne» de carne y hueso a través de la correspondencia del autor con su amigo del instituto René Bichet, o «petit B» como le llamaba

Fournier. Este, en una carta del 6 de Setiembre de 1908, describía así a la mujer que acababa de conocer (Biet, 1984, 19).

Ciertamente, no he visto jamás mujer tan bella —ni siquiera la que tuviera, aún remotamente, la misma gracia. Era como un alma visible... una belleza inenarrable. Era en cualquier caso el alma más femenina y la más blanca que he conocido; era una dama de aldea en la procesión de las Rogaciones; era un rama de lilas blancas..

En la misma carta se refería al momento mágico del encuentro, que le marcaría indeleblemente:

Nuestro encuentro fue extraordinariamente misterioso... ¡Ah! —decíamos— nos conocemos mejor que si supieramos quienes somos. Y era extrañamente verdad. Somos niños, hemos hecho una locura. Decía ella.

Tan grande era su candor y nuestra grandeza que no se sabía de que locura había ella querido hablar, puesto que aún no habíamos pronunciado ni una palabra de amor.

Hallada un día de la Asunción y perdida a causa de su boda, un día antes del fracaso de Fournier para entrar en la Escuela Normal Superior, fue el amor fallido, el sueño irrealizable que suscitó esa gran novela de amor ensoñado que es *Le Grand Meaulnes*. Nunca sabremos con exactitud la parte de realidad que corresponde al personaje de Yvonne de Galais y la parte construida por el autor como respuesta a su sed de amor extrañamente puro, pero, André Rousseaux señala al respecto (Rousseaux, 1938, 110):

si decimos que Yvonne de Galais es casi por entero literatura, ello no es poco a nuestros ojos. La literatura que cuenta está hecha a expensas de muchos amores y esperanzas consumidas en vano. En las más bellas cartas de Alain Fournier se ve esta transmutación de la vida en poema.

El culto que desde Nerval, en «Aurelia» y, sobre todo en «Sylvie», se dedica a las *jeunes filles* puras, nostálgicas, soñadas, lejanas... justifica el personaje de Yvonne de Galais, de igual manera que la «Fermina Marquez» de Larbaud o las jovencitas románticas, como *Pomme d'Anis*, *Almaïde d'Etrémont*, *Clara d'Ellébeuse*, de Francis Jammes. Robert Mallet, en su estudio sobre *Le Jammisme*, escribe sobre este ambiente y esos personajes de ensueño (Mallet, 1961, 183):

Recordemos que «Le Grand Meaulnes» ha nacido en gran parte de una atracción por los castillos románticos donde viven jóvenes nostálgicas y deseables como flores recogidas. El dominio de «Les Sablonières», la granja abandonada, se ha visto ya en «Clara d'Ellébeuse» o «Almaïde d'Etrémont».

Y es que, como señala Robert Sabatier, Alain-Fournier ha bebido de la fuente de la infancia una mezcla de fervor, de misticismo, de éxtasis y de melancolía (Sabatier, 1982, 538):

Con él la rusticidad se idealiza y en el mismo corazón de lo real busca una evasión, un mundo diferente, el de los paraísos soñados y los dominios misteriosos, en los confines de la vida y de la muerte.

Pero esos paraísos soñados no serían nada, quizás, pese a la imaginación latente en cada niño, si tanto Fournier como su héroe, Agustín Meaulnes, no hubieran vivido en un ambiente propicio para esta ensoñación de la infancia: *La escuela*, una escuela rural en plena naturaleza, respirando cada uno de sus olores, observando, gozando, sufriendo sus estaciones, movimientos y transformaciones climatológicas, en medio de ese brumoso paisaje del Cher, entre Orléans y Bourges.

Para Marcel Raymond, en Fournier el acto de escribir valida la frase de Verlaine: *la feliz aventura que nos trae el ocaso...* (Raymond, 1960, 62). Pues bien, será ese espíritu de aventura, la búsqueda de ese *acaso*, la posibilidad de traspasar el umbral de los sueños, lo que empujará también a otros autores, próximos geográficamente a los paisajes de *Le Grand Meaulnes*, a sumergirse de nuevo en la naturaleza, a fin de conectar *su energía, sus impulsos vitales, sus mundos ensoñados*. Así, años más tarde, René-Guy Cadou, poeta de la Bretaña, de otros parajes invadidos por la niebla y las heladas, como los de Sologne de Meaulnes, escribirá (Cadou, 1978, 292):

Ô vieilles pluies souvenez vous d'Augustin Meaulnes
 Qui pénètrait en coup de vent
 Et comme un prince dans l'école
 A la limite des féeries et des marais ¹

Si Agustín Meaulnes ha podido seducir a Cadou, de ambiente local y familiar muy similar a Alain-Fournier, es que el personaje responde a las aspiraciones infantiles nacidas de una vida escolar lejos de la vorágine de la gran ciudad, donde la imaginación reemplaza y supera a la tecnología más sofisticada. Fournier había dicho en su carta del 28 de Agosto de 1906 (Rivière, 1986, 38):

Mi credo en arte y literatura: la infancia. Conseguir mostrarla sin puerilidad, con su profundidad, que se aproxima al misterio. Mi libro futuro, «Le Grand Meaulnes», será, quizás, un perpetuo ir y venir, insensible, del sueño a la realidad: «Sueño», entendido como la inmensa e imprecisa vida infantil planeando sobre la otra y siendo sin cesar el eco de la otra ².

Para Cadou, más que de un deseo de preservar ese mundo mágico infantil, de lo que se trata es de ser *capaz de volver a encontrar en la Edad adulta cada gesto*

1 «Le Diable et son train» 1949.

2 «Notes inédites» 1948.

de la infancia (Cadou, 1978, 426). Por eso cuando en el poema «17 de Junio de 1943» evoque su encuentro con la que sería después su musa y esposa, comenzará diciendo (Cadou, 1978, 260):

Tu étais la présence enfantine des rêves
 Tes blanches mains venaient s'épanouir sur mon front
 Parfois dans la mansarde où je vivais alors
 Une aile brusquement refermair la lumière ³

Un impacto similar provocará en François Seurel la irrupción de Agustín Meaulnes, con sus gestos de héroe infantil, en la vida, hasta entonces monótona y tranquila, de ese hogar de maestros de Sainte-Agathe (Alain-Fournier, 1963, 15):

Pero llegó alguien que me arrancó de todos esos placeres de niño tranquilo. Alguien sopló la vela que me iluminaba la dulce cara materna inclinada sobre la cena. Alguien apagó la lámpara alrededor de la cual éramos una familia feliz, por la noche, después de que mi padre cerrara los postigos de madera de las cristaleras. Y ese «alguien» fue Agustín Meaulnes, a quien los demás alumnos empezaron a llamar «el gran Meaulnes».

Y es que no es sólo François Seurel, el chico enfermizo dado a la lectura en solitario, el que ve transformada su vida por la llegada de Meaulnes; los demás muchachos de la escuela hacen de él, enseguida, su jefe y sus comportamientos y costumbres se verán alterados, prolongando la jornada escolar, para compartir sus reuniones. No será extraño a esa común aceptación por los demás el aspecto, a la vez campesino y misterioso, del muchacho, que choca a François Seurel cuando sorprende a Agustín, en la víspera de su gran aventura (A-Fournier, 20-21):

Apoiado en la puerta y con la cabeza baja, parecía estar profundamente absorto en lo que se acababa de decir. Al verle así, perdido en sus reflexiones, mirando como a través de leguas de niebla a esa gente apacible que trabajaba, me vino a la memoria de pronto aquella imagen de Robinson Crusoe donde se ve al joven inglés, antes de su partida, «frecuando la tienda de un cestero».

A partir del momento en que Meaulnes sale a escondidas para buscar a los abuelos de François, sin conocer el lugar y contraviniendo las órdenes de su maestro, la vida escolar, con sus incidencias y su realismo habitual, pasa a un segundo plano, dejando que lo imaginario, lo inexplicable, lo ilógico, la fantasía, en suma, establezcan las reglas del juego.

Si bien el primer móvil de Agustín, en su escapada, es el demostrar a sus compañeros que él es el número uno, existen otros factores que propician su

3 «Helène on le règne végétal» 1952.

aventura. El principal es el clima de aquellos parajes en la época navideña. El frío reinante en el campo, unido a la humedad de la zona, hacen que el muchacho escondido en el carro bajo una manta, se adormezca, perdiéndose en un laberinto de senderos que poco a poco se sumergen en una densa oscuridad, en la que no se ve ni una alma a quien preguntar el camino. Tal es la habilidad narrativa de Fournier, que sufrimos al lado del héroe las peripecias de su andadura, sintiéndonos perdidos en medio de ese gélido y pantanoso paisaje de la Sologne, plagado de veredas y riachuelos que corren a lo largo de los prados.

El encuentro de una casita aislada en plena campiña da pie al autor para referirse a ciertos aspectos de la vida campesina. Es el último contacto con la realidad cotidiana, antes de traspasar Meaulnes las barreras de la fantasía. Una vez repuestas sus fuerzas, al tratar de localizar la mula y el carro, vagará nuevamente hasta dar con un torreón aparentemente abandonado. Allí vive un confuso episodio, en el que realidad y ficción se entremezclan, en el curso de una fiesta a la que asisten pequeños personajes, vestidos a la antigua usanza. Todo es allí luz, alegría, serenidad... y, lo que es más importante, son los niños quienes gobiernan, reduciéndose los adultos a meros comparsas. En ese mágico ambiente no podía faltar una princesa: Yvonne de Galais, la hermana de Frantz, el novio, pues es una boda lo que allí se celebra.

Recorriendo la mansión, llega Meaulnes a una sala en donde una muchacha sentada de espaldas y rodeada de niños arranca dulces melodías a un piano, que hacen revivir un antiguo y dulce sueño (A-Fournier, 70):

Fue un sueño como el de antaño. Pudo imaginar prolongadamente que estaba en su propia casa, casado, una hermosa velada, y que ese ser encantador y desconocido que tocaba el piano, junto a él, era su esposa...

Cuando, más tarde, vuelva a la vida normal, alejado físicamente de su aventura, este momento, magnificado por la lejanía, llegará a ser un paraíso perdido, cuya búsqueda le impedirá proseguir su tarea escolar de forma continuada en la escuela de Sainte-Agathe, como después de París o en casa de su madre, antigua escuela en donde su padre había sido maestro.

La pérdida de ese paraíso, entrevisto, fugaz e inaprehensible, en el que se mezclan el mundo infantil de la aventura con la eclosión del amor adolescente, se traducirá en la desaparición de ese magnetismo, de esa irradiación, de esa mágica atracción que encandilaba a sus condiscípulos. Evocando los inefables momentos de su escapada, Meaulnes profiere con nostalgia (A-Fournier, 171):

Pero estoy persuadido ahora de que, cuando descubrí el Dominio sin nombre, yo estaba a una altura, en un grado de perfección y de pureza que ya nunca alcanzaré. Sólo en la muerte, como te escribía un día, volveré a encontrar quizá la belleza de aquel tiempo...

Arrojado de ese misterioso y mirífico mundo de la ensoñación, Agustín se refugia en la amistad del romántico Frantz de Galais, que reaparece, casi irrecor-

nocible, con la cabeza vendada por un intento de suicidio, al haber sido abandonado por Valentina, su novia. Tras las huellas de ésta, recorre la región, como cómico de la lengua en una barraca de feria, que se antojará a Meaulnes y a Seurel el hilo de Ariadna que debe guiarles al *Dominio secreto* (A-Fournier, 113):

sin atrevernos a acercarnos a la humilde barraca que nos parecía el pasadizo misterioso y la antecámara del País cuyo camino habíamos perdido.

Un matiz muy importante encierra esta confesión de François: Introduce el plural al referirse al *Dominio perdido*. Refleja Fournier, así, una identidad de deseo en los dos muchachos; ese *habíamos perdido* prolonga la trascendencia de la aventura vivida por uno solo de ellos, pero anhelada por el otro. De hecho, la irrupción de Agustín ha provocado una profunda conmoción en su amigo, que ve transformarse su vida espiritual, incluso. Antes de la llegada de Meaulnes, Seurel asistía con su madre a misa y aún a vísperas; después, la iglesia no representará más que un punto de referencia, un lugar de encuentro, en la plaza del pueblo. El personaje se ha impregnado, quizás de la filosofía del autor, para quien no existía más paraíso que el terrestre: *La otra vida es ésta* (Borgal, 1965, 2). En su infancia, Fournier se había apartado de la fe católica, pues no le prometía la felicidad sino en el otro mundo.

Cuando Agustín parta definitivamente hacia París, dejará a Seurel abandonado a la más triste soledad, sin otro aliciente que el de preparar su examen de ingreso en la Escuela Normal (A-Fournier, 1447):

Y llegó otro invierno nuevo, tan muerto como vivo y lleno de vida misteriosa había sido el anterior...

En Febrero nevó por primera vez ese invierno, enterrando definitivamente nuestra novela de aventuras del pasado año, enredando todas las pistas, borrando las últimas huellas.

Tratando de reconstruir esas huellas, François rehace, paso a paso, el itinerario de Meaulnes, hasta encontrar el *Dominio* y con éste a Yvonne de Galais, cuyo reencuentro con Agustín se hace, por fin, realizable. El joven, sin embargo, acoge con reticencia esta materialización de su sueño que implica, a la vez, la renunciación a la aventura misteriosa (A-Fournier, 187):

Pero entonces mi compañero —el ser más incapaz de llorar que yo conociera en el mundo— volvió de repente hacia mí su rostro anegado por las lágrimas...

Y fue aquella misma tarde, entre sollozos, cuando pidió la mano de la Srta. Galais.

Pero la apacibilidad de la vida conyugal no es plato fácil de digerir para el *Grand Meaulnes* y, la misma noche de bodas, oyendo la voz de Frantz, que le llama, abandona a su esposa con el único objetivo de proseguir la aventura. Eterno adolescente, prefiere ayudar a su amigo a encontrar la novia perdida que afrontar las responsabilidades de una monótona existencia burguesa. Es entonces

François, convertido en maestro de un pueblecito cercano, quien debe velar por el fruto —una niña— de aquel matrimonio truncado (A-Fournier, 215):

Yo descubría ahí como un mundo ignorado. Sentía mi corazón henchido de una alegría extraña que antes no conocía.

Pero la alegría de Seurel duraría muy poco. Muerta Yvonne, vuelve Agustín, de la misma manera misteriosa con que había aparecido, para llevarse a aquella niña, único recuerdo de la extraña aventura que había transformado sus vidas.

Unas nostálgicas palabras de François, que realzan la significación de ese eterno adolescente, de ese *Príncipe de los sueños*, que fue Agustín Meaulnes, dan fin al relato (A-Fournier, 246):

Y ya le imaginaba, por la noche, envolviendo a su hija en un capote y partiendo con ella hacia nuevas aventuras.

De esta manera, un libro se cierra, pero continúa, imperecedera, mientras haya un solo soñador, *la historia interminable* de la fantasía.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAIN FOURNIER (1963): *Le Grand Meaulnes*. Emile-Paul, Paris, 1913, nueva ed. Le Livre de Poche. Paris.
- BIET, C., BRIGHELLI, J.P., RISPAIL, J.L. (1984): *20^e siècle*, Magnard, Paris.
- BORGAL, C. (1965): *La légende d'Alain-Fournier*. Le Français dans le monde, 19: 2-5.
- BRUNEL, P., BELLENGER, Y., COUTY, D. et al. (1972): *Histoire de la littérature française II*. Bordas, Paris.
- CADOU, R.G. (1978): *Poésie la vie entière*. Seghers, Paris.
- CASTEX, P.G. (1967): *Manuel des études littéraires françaises. XX siècle*. Hachette, Paris.
- MALLET, R. (1961): *Francis Jammes. Le Jammisme*. Mercure de France, Paris.
- RAYMOND, M. (1960): *De Baudelaire al surrealismo*. Corti, Paris, 1933; trad. esp. Fondo Cultura Económica, Madrid.
- REY-HERME, Y. (1968): *Etude et Notes à «Le Grand Meaulnes»*. Le Livre de Poche, Paris.
- RIVIERE, J. (1986): *Alain-Fournier (Préface à Miracles)*. Fayard, Paris, 1924; nueva ed. Le Livre de Poche, Paris.
- ROUSSEAU, A. (1938): *Alain-Fournier et son héroïne* in «*Littérature du Vingtième Siècle I*» Albin Michel, Paris.